

## CONSIDERACIONES BIOGRÁFICAS

1

HABLO  
de familias como la mía, que  
todo lo deben al amor  
por la aventura y  
al temor  
a molestar, al amplio,  
desconsiderado  
y cruel  
temor a caer  
en el ridículo.  
Alguien dijo (sería Lascu):  
perteneceís al último  
peldaño  
de la moda hippie;  
autoestopistas en cambio de rasante, taxones  
de olvidadas  
aves  
siempre corredoras, poco  
o muy poco  
prensiles.  
¿Qué fue? ¡Nada!  
¡No hubo nada! Sólo  
la sombra  
del abad Virila, homeópata

y soñador —nacido  
en Tiermas.

Y si vino a instalarse  
en capas superiores, dispuesto  
a cambiar el curso  
de la historia,  
nadie  
preguntó por qué. Aglutinaba  
sin mayor esfuerzo las distintas  
corrientes, tan grande  
su distancia  
de la cruda realidad que fulminaba  
las diferencias  
entre los grupos como, en un ejemplo  
recurrente,  
esa cuestión de  
lo lejos, de  
al estar  
tan lejos el sol de la impávida tierra  
que resultaba  
irrelevante  
lo lejos de la luna.  
Deseábamos al héroe.  
Antes de que naciera o que se  
perfilara  
en el marco de la puerta para

no tener que esperar a  
alguien  
siempre necesitado  
de nuestras voces, esa  
rémora,  
el freno coreado  
al avance general, la mutilación exhausta  
a la necesidad colectiva; olvidarnos  
del corto  
plazo, de  
la estólida y  
constante invocación  
al penoso  
y absurdo favor  
dirigido  
hacia el campo abonado de  
las minorías.

MAESTRO

¡oh sí! ¡no más!

colocado al frente de la lista,

embravecidas almas

sinuosas y agradecidas

muestras de cariño repartidas a diestro

y siniestro ¡compañeros! ¡qué

tiempos para el desaire! fui nombrado, otros

dijeron que señalado,

para

gobernar, de hecho

para

formar gobiernos; una escuadra,

una formación sí naval, rigurosa,

procelosa, ¡como la espuma del mar! ¡o como

el mismo mar en el discurso cautivo

del tópico y la sucesión de los hechos! Nadie,

como en los cuentos, osó

alzar la voz y, sólo ese agorero,

fatal muchacho, con la espada de madera

podrida, carcomida por la espera,

levantada por encima

de ti y de todos nosotros, sosia,

alcahuete,

adivinaste el sentido, la ruta  
marcada por la mano  
del tahúr,  
del telonero, el más  
cabal  
de los informes: no hay,  
no queda,  
no espero que,  
en los próximos treinta, cuarenta,  
quizá,  
en los próximos mil  
años,  
ocurra ya lo que pudo  
y  
no ocurrió. Caballero  
de anís, sencillo  
revisor  
del tren caminante,  
propietario  
del bien, senil  
novedad, ¿ya  
caer  
ahora  
hacia el infierno?

EN la iniquidad, brusca  
noche del hielo, máscara  
de la muerte en la muerte, crujido  
del cemento, latón, madera bruñida, añades  
la burla ósea al dolor seco, conmueves  
los restos, golpeas la sien del justo  
con la maza burda, el gesto  
indigno.

Nadie allí supo qué hubo: ¿qué conducta  
se recuerda, qué actitud? ¿Fueron  
partículas nerviosas, un sistema  
de avanzadas leyes de la física? ¡Gloria en vida mero  
manifiesto de tormentas eléctricas!  
Y ahora, todo está aquí, apagado, irremediable, sumido  
en ese vacío infame, en la negación  
del tiempo, esa rigurosa,  
procaz y desesperada falta aludida  
en las mañanas, en las tardes  
de la soledad;  
el pavor del silencio, el silencio  
mismo, ese horror que al fin  
nos ha vencido, lo que sólo

ha quedado,  
lo que entonces  
tanto temías, madre,  
lo que tanto odiaste.

¡CHIFFRE! Amo.  
Casual monarca.  
Juez  
en las pendientes. Grey  
húmeda, vez, jineta  
magra, deslucidas  
ovejas  
cabizbajas.  
Fustigaste a mí, a nosotros, caminantes  
correspondientes, como  
industriales  
del excremento, ¿o no es ya  
el excremento el título  
mayor caballar?  
¿El vacuno? Qué imperio  
de delirio. Aguardo,  
puesto,  
acecho, la voluntad  
de la espera, paciente  
infortunio. Ya está,  
abrazas, por el costado, por las corvas  
sangrantes, viertes  
el fardo, la piel frágil. La boca  
abierta

de la tierra mala, pedregosa,  
engulle  
el peso ingrátido, mercancía  
lábil,  
particular  
muestra de hueso.